



Dossier de prensa

Cecilia

Diego Pita

«Últimamente estoy leyendo a Patrick Modiano. Me gusta ese aire elegante y pesimista que encuentro tan parisino. Su francés me resulta muy agradable de leer. Reconozco que me inspira toda esa confusa y brumosa nostalgia de la juventud que destilan sus novelas»

¿Por qué han transcurrido tantos años desde que publicaste *Ola de frío*, también en *Tres Hermanas*?

Me hubiera gustado publicar antes *Cecilia*, pero no siempre depende de mí. La escribí hace unos tres años. Desde entonces, he modificado algunos detalles, pero el personaje y la historia son cambiarla radicalmente para que fuera aceptada antes.

No escribo para agradar a la gente o para tratar un tema de actualidad. No me interesan ni las modas ni las etiquetas. Algo parecido me sucedió con *Ola de frío*, tardé casi diez años en publicarla.

Estos periodos tan largos, aunque te ponen a prueba, te permiten tomar una interesante distancia con respecto a tu obra. Ambas novelas comparten un mismo universo, pero sus narradores y protagonistas son muy distintos. *Cecilia* es mi primera narradora femenina y quizás sea por eso que la tenga cierta predilección. Admiro su fuerza y su valentía. Es una verdadera heroína.

¿Qué libro estás leyendo?

Últimamente estoy leyendo a Patrick Modiano. Me gusta ese aire elegante y pesimista que encuentro tan parisino. Su francés me resulta muy agradable de leer. Reconozco que me inspira toda esa confusa y brumosa nostalgia de la juventud que destilan sus novelas.

Recomiéndanos una novela que no sea de la editorial.

Yo recomiendo siempre a Pascal Garnier. Concretamente tres novelas cortas recopiladas con el título de *Les insulaires*. Son novelas crueles y sórdidas escritas diabólicamente bien. Garnier es parisino al igual que Modiano, pero no tienen nada que ver. Garnier es, como dicen un tuer, un killer. Sin tapujos ni contemplaciones. Alguien debería traducirlo. Quizás Tres Hermanas...

La prensa ha dicho

–El Heraldo de Aragón

«'Ola de frío' es un pequeño hallazgo entre los renglones políticamente correctos que lleva años sosteniendo la industria literaria. Es la silueta del fracaso, la basura bajo la alfombra que nos empeñamos en guardar con mimo y con una falta de sabiduría total. Es un mapa de venganza no por maldad sino por debilidad. Es el pasado como eterna deuda pendiente. Es el incontrolable reflejo de la adolescencia cegando a los seres humanos. Es saber que el pasado tiene muchas caras y el futuro es un hombre sin rostro».—**Sonia Fides**, 27.07.2017

Sobre el autor



Diego Pita

Diego Pita (Santa Bárbara, 1972) es un escritor español nacido en California. Durante nueve años dirigió el café-bar-librería El Bandido doblemente armado en el centro de Madrid. Reside en París desde 2012. En la capital francesa enseña español en la educación secundaria. *Cecilia* es su quinta obra. Anteriormente ha publicado *He perdido los veranos* (2000), *La vaca sagrada* (2007), *El ladrón de recuerdos* (2017) y *Ola de frío* (2018), esta última en *Tres Hermanas*, con la que obtuvo excelentes críticas y que será traducida y publicada en Francia en 2023.

Fragmento

El año pasado una azafata me salvó la vida. Una mujer inglesa, guapa, mulata, de unos cuarenta años. El uniforme de azafata era su segunda piel. Me salvó la vida con su dulzura y un sencillo ejercicio de respiración. Cuando le dije que me encontraba mal y que apenas podía respirar, me llevó a la parte posterior del avión y allí me sentó en uno de esos asientos plegables destinados a la tripulación. Mi corazón latía tan fuerte que parecía pedir permiso para despegar y salir disparado a un rumbo desconocido.

Hubiera asesinado a la pareja de jóvenes franceses que estaba a mi lado y que comía hamburguesas del Burger King. Fue entonces cuando pedí ayuda a la azafata. La paré cuando pasaba por el estrecho pasillo del avión. Le pedí un medicamento, un calmante, algo que me ayudase a superar esa angustia, esa feroz claustrofobia. Me dijo que tenía algo por el estilo, pero que no podía dármelo. No insistí.

Me llevó hasta la cola del avión y me enseñó un ejercicio de respiración. Fue atenta y cariñosa conmigo. Me preguntó si alguien me esperaba en el aeropuerto de París. Le dije que no. Nadie me esperaba, tan solo un apartamento oscuro y vacío en Ménilmontant. No pegué ojo en toda la noche. A la mañana siguiente tenía una entrevista de trabajo que anulé mandando un correo a las seis de la mañana.

Cuando duermo sola y no consigo conciliar el sueño me acuerdo de la azafata inglesa. Respiro profundamente y ella se materializa en mi habitación de hotel. Sus formas generosas parecen estar a punto de romperle el ceñido uniforme por todas las costuras. Se tumba a mi lado y su cuerpo cálido me envuelve hasta que consigo conciliar el sueño. Me abrazo a ella con todas mis fuerzas y repito el ejercicio de respiración pegada a su cuerpo mágico.

Me he despertado en plena madrugada en este hotel madrileño y me he puesto a escuchar la radio. He encontrado un programa que pensaba que había desaparecido de la faz de la tierra hacía ya siglos: «Hablando se entiende la gente». La gente llama para quejarse de algo en concreto o de todo en general. Me ha sorprendido una vez más la franqueza y la absoluta carencia de pretensión o de vergüenza que tienen mis compatriotas a la hora de hablar de sus vidas. He de reconocer que me admira, no creo tener esa cualidad. Seguramente es la razón por la cual he encontrado mi lugar en una sociedad tan diferente como la francesa. Ahí nadie me molesta con su franqueza y espontaneidad.

Vuelvo a Madrid para hacerme cargo de la herencia de mi padre. Mi hermano quiere abrir una fundación para exhibir sus esculturas. En París he dejado a Rafaela. Ella piensa que voy a volver la semana que viene. Está convencida que toda esa terapia de pareja que hemos hecho estos últimos meses sirve para algo.

A Rafaela la conocí poco después del episodio en el avión. Me sentí inmediatamente atraída por ella. Su tez morena y su sonrisa luminosa me cautivaron en cuanto entré en el café donde trabajaba como camarera. Pero lo que más me impresionó fue su carácter, su imponente personalidad.

A los pocos meses de conocernos me instalé en su apartamento. Dejé el cuchitril en el que había pasado los dos últimos años y me mudé al *deux pièces* de la rue Orfila donde he vivido los últimos dos años y pico. Me recordó a la azafata, quizás fue eso lo que pasó. Aún creía que alguien podía salvarme la vida.

Yo siempre gusté a los chicos. Soy delgada, mis rasgos son finos y elegantes. Mi pelo es castaño, rizado. Mi piel es muy blanca, mis piernas son largas. Mi trasero es pequeño, pero firme. Para terminar, tengo un buen par de tetas. Sí, eso es definitivo. Los hombres no miran otra cosa. En la playa también lo paso fatal, hasta los niños pequeños me miran los pechos.

Necesito un poco de sentido del humor para recordar todo lo que sucedió aquella noche de finales de los noventa. No se lo he contado a casi nadie.

Lo saben Rafaela, Jimmy, mi difunto padre y mi vieja amiga Marisol. Jimmy no cuenta. Hace tres años que está ingresado en un hospital psiquiátrico. La última vez que lo vi estaba desesperado. Me dijo que no lo soportaba más, se sentía demasiado solo. Estábamos en un café del distrito 3 de París, cerca del metro Arts et Métiers. Habíamos ido allí después de la reunión de CODA. Jimmy se expresaba en inglés, pero siempre deslizaba un par de frases en francés. El pobre tenía un acento americano tan fuerte que resultaba cómico. Era muy popular en las reuniones. CODA no era el único programa de doce etapas que seguía. También era miembro de AA y de NA¹. Se pasaba el día de reunión en reunión, era increíble la cantidad de personas que conocía. A veces se ponía un poco pesado con su poder superior, pero era esencialmente una persona generosa y tolerante aunque le costaba aceptar que yo no comulgara con ningún tipo de creencia religiosa o espiritual. Para él la recuperación era inconcebible sin un componente espiritual.

No he vuelto a ir una de esas reuniones. Dejé de ir cuando conocí a Rafaela y encontré una nueva psicoanalista. No puedo negar que me ayudaron en un momento determinado de mi vida. No descarto ir cuando vuelva a París, quizá alguien me pueda dar noticias de Jimmy.

Mi padre se acostó con mi mejor amiga. Esa noche Marisol y yo habíamos salido de fiesta. Teníamos veinticuatro años. Mi padre unos cuarenta y cinco. Era un hombre atractivo y además tenía esa aura que envuelve a los artistas consagrados. En el caso de mi padre este carisma se presentaba acentuado por su intensa actividad como crítico artístico. Sus sesudos artículos de prensa y sus continuas conferencias le habían ido apartando del taller. Aún realizaba diminutas esculturas de madera, si es que algo tan pequeño se puede considerar como una escultura.

Si tenía alguna duda sobre mi orientación sexual, este desagradable suceso las disipó de un plumazo. Pero no voy a culpar a mi padre de mis opciones más íntimas y personales. Siempre me sentí atraída por las chicas, desde pequeña. Los hombres apenas han despertado mi curiosidad.

¹ CODA: Codependientes Anónimos. AA: Alcohólicos Anónimos. NA: Narcóticos Anónimos

La escena que vislumbré no tenía tampoco nada de original. Raramente alcanzan a ser originales estos pobres desgraciados. Mi padre, que en paz descansa, no iba a ser la excepción que confirmase la regla. Marisol tampoco era diferente de las demás por mucho que yo me empeñase en verla de otra manera. Quizá era exactamente eso lo que me atraía de ella, que era como las demás, pero un poco mejor. Sobresalía sin resultar ni extraña ni extravagante. Era admirada por la mayoría porque no era un bicho raro o un perro verde. Yo, en parte, sí lo era. Mi padre era un artista y mi madre era de Barcelona. Mi segundo apellido era catalán y eso era un tanto sospechoso en el Madrid de los ochenta en el que vivíamos nosotros. En mi colegio la mayor parte de los alumnos venía de familias conservadoras. Había alguna que otra familia más o menos de izquierdas, pero estaban en clara minoría. Algunos chicos lo decían abiertamente, estaban orgullosos de la dictadura franquista y en cuanto se tomaban un par de minis de cerveza entonaban el Cara al sol para dejarlo claro a quien pudiera dudarlo. También había chicas que eran abiertamente fachas. Los padres de Marisol eran conservadores, pero eran, sobre todo, nostálgicos de la UCD. El salón de su casa estaba presidido por una foto del padre estrechando la mano de Adolfo Suárez. Los padres de Marisol conocían a muchísima gente importante. Su madre era una experta en las relaciones públicas. Eso explicaba el talento y la popularidad de su hija. Siempre se vestía de manera impecable, era de largo la chica más cool de la clase y de todo el colegio.